

ELIZABETH NUNEZ

*Lo que no
supe decirte*



viceversa novela

LO QUE NO SUPE DECIRTE

LO QUE NO SUPE DECIRTE

ELIZABETH NUNEZ

Traducción de Manuel Manzano



www.editorialviceversa.com

Los personajes y los hechos narrados en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personajes reales, vivos o muertos, es pura coincidencia no intencionada por parte del autor.

Título original: *Anna In-Between*

Traducción publicada con el acuerdo de Lennart Sane Agency AB. Publicada originalmente por Akashic Books, New York (www.akashicbooks.com)

© de la traducción Manuel Manzano, 2010

© Elizabeth Nunez, 2010

© Editorial Viceversa, S.L.U, 2010
Calatrava, 1-7 bajos. 08017 Barcelona (España)

Primera edición: junio 2010

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-92819-25-6
Depósito legal: B-23649-2010
Impreso por Liberdúplex, S.L.U.

Printed in Spain - Impreso en España

Para Jordan y Savannah Nunez Harrell

Capítulo 1

Siete y veintisiete de la mañana. La campana llama a la familia al desayuno. Anna se da un rápido vistazo final en el espejo. Tres minutos más. Todo está en su sitio. Tiene el pelo suavemente peinado hacia atrás y sujeto en la nuca con un broche de carey. No necesita maquillaje. Después del frío invierno en Nueva York, el calor del sol del Caribe ha hecho aflorar su sangre a la superficie y tiene el rostro sonrosado, la piel morena y resplandeciente, los labios ardientes. Le falta un año para cumplir los cuarenta y sigue atrayendo la atención, una segunda mirada, aunque no necesariamente de admiración. Sus rasgos faciales la distinguen de la mayoría de los nativos negros de Nueva York, que muestran atributos de sus antepasados de África occidental. Por su larga nariz, ojos hundidos, pómulos salidos y pelo teñido de marrón caramelo, a menudo es tomada por etíope, a veces por hindú. Visiblemente, una inmigrante.

De nuevo la campana. Otro número cae en el minuterero del reloj digital. Siete y veintinueve. Se pasa los dedos por la cintura de los pantalones blancos, por los pliegues de la camisa de cuello de pico de color rosa pálido que ha elegido con tanto cuidado; se vuelve, se mira de nuevo en el espejo, se agacha, se ata las tiras de sus sandalias marrones. Está lista. Preparada.

Otra campanada. La última. Siete treinta. Sale de la habitación y camina por el pasillo hacia el comedor familiar. Sus padres ya están sentados, el padre a la cabecera de la mesa, la madre a su derecha.

«A la derecha del Padre.» El recuerdo de una oración de infancia se desliza a través de su cerebro. Cuando era muy pequeña, de-

masiado joven para comprender la idea de «sitio», se había sentado en la silla de su padre. «Siéntate, papá. Siéntate.» Señaló una silla vacía. Pero su padre no dejaba de moverse de un lado a otro, se colocaba detrás de ella, se rascaba la barbilla, fruncía el ceño. Hasta que su madre vino a socorrerlo y la levantó de la silla. «Éste es el sitio de papá», dijo.

—¡Anna! —Su madre había oído sus pasos—. Estás encantadora.

Como si las palabras pronunciadas fueran objetos tangibles, Anna siente una agradable sensación en el rostro que tira de sus labios hacia atrás y le dibuja una amplia sonrisa.

Su madre va impecable, como siempre. Esta mañana lleva uno de los vestidos americanos que Anna le regaló, uno de lino beige con grandes botones blancos desde el cuello hasta el dobladillo. A su madre el vestido le queda elegante, mucho más de lo que nunca habría imaginado Anna cuando lo compró en las rebajas de Bloomingdale's.

—Cuando llegaste, estabas pálida —dice su madre—. Pero ¡mírate ahora!

A sus setenta y un años, Beatrice Sinclair sigue tan bella como en la imagen que Anna guarda en su memoria desde la primera vez que se marchó de casa, hace más de veinte años. De esa extraña manera en que los maridos y mujeres envejecen y empiezan a parecerse unos a otros, su madre se parecía a su padre. El color de su piel es marrón caramelo, sus rasgos una amalgama entre la de los aborígenes, los conquistadores, los esclavos, los esclavistas: los amerindios que habitaron primero la isla, los europeos que se asentaron durante siglos, los africanos traídos en los barcos de esclavos, los indios y los chinos que ofrecieron su trabajo con la esperanza de obtener un poco de tierra, los portugueses pobres que vinieron en busca de fortuna. Sin embargo, en el siglo XIX la isla ya no era El Dorado, aunque se hacía dinero con el cacao y la caña de azúcar. Y un siglo después los exploradores españoles darían con ello. No había oro amarillo, sino oro negro —petróleo— escondido en abundancia en grandes yacimientos bajo las aguas de la costa y por todas las tierras del sur.

Objetivamente, el parecido entre Beatrice y John Sinclair termina ahí, en esa combinación de sangre amerindia, europea y

africana que corre por sus venas. Pero los maridos y las mujeres que han vivido juntos tanto tiempo a menudo imitan de manera inconsciente la expresión del otro, suavizan así las diferencias objetivas moldeando los rasgos distintivos de manera que casi no se nota que las formas de sus caras son distintas, que la nariz, los ojos y la boca no son iguales. La cara de Beatrice es más redonda que la de John, sus ojos más profundos y oscuros, sus pómulos alzados como los de sus antepasados indígenas amerindios. La forma de sus labios está invertida: el labio superior de Beatrice es más carnoso que el inferior, y el de John más fino. En realidad, los dos labios de John, el superior y el inferior, son bastante finos. Cuando cierra la boca en una mueca de enfado, desaparecen. Tiene la nariz larga, torcida en la punta; mientras que la de Beatrice se abre ligeramente en el nacimiento. Sin embargo, dan la impresión de ser parientes que comparten un linaje semejante.

—La campana era para nosotros —le dice Beatrice Sinclair a su hija, a modo de disculpa—. No hacía falta que vinieras.

Pero Anna está en casa de su madre y sabe que mientras sus padres estén vivos, ella sigue siendo una niña, su niña. Si vuelves a la casa donde te criaron, donde fuiste pequeña, dependiente, debes mostrar un respeto, debes obedecer sus reglas, y no importa que tengas casi cuarenta años, o un gran trabajo de mucha responsabilidad, como el que ella tiene en la ciudad de Nueva York: editora jefe en Windsor Publishing y directora ejecutiva de su división Equiano Books, con el poder de decidir, de hacer realidad o frustrar las esperanzas de los escritores. Así que se muerde la lengua. No dice: «¿Cómo esperabais que durmiera con tanta campana?». Tampoco dice: «Queríais que me levantara. La campana era para asegurarnos de que llegaría puntual a desayunar». No ha olvidado las reglas: el desayuno a las siete y media; el almuerzo a las doce y media; la merienda a las cuatro; la cena a las seis.

—Ya estaba despierta —dice. Saluda a sus padres de manera formal—: Buenos días, mamá. Buenos días, papá.

En casa de sus padres, en el hogar de los padres caribeños, la hija dice: «Buenos días, mamá. Buenos días, papá». Y por la noche, antes de irse a la cama, también les da las buenas noches. Ésta

es la costumbre, el respeto que se espera incluso de los niños ya crecidos, incluso de los mayores de casi cuarenta años.

—Te oí levantarte, papá —le dice a su padre.

Él llevaba puesto el pijama cuando Anna lo vio a través de su ventana al amanecer, agarrándose la tela de la parte superior de los pantalones como si fueran un ramo de flores, con una cuerda pasada a través de la cintura y los dos cabos sueltos en la abertura. Ella le había regalado el pijama y las zapatillas que llevaba, había comprado ambas prendas en invierno, consciente, incluso en ese momento, de que las mangas y las perneras eran demasiado largas, y las zapatillas de terciopelo demasiado gruesas para este clima tropical. Se le oprimió el pecho cuando él se agachó, dejando una mano libre para recoger el periódico enrollado que el chico tiraba por encima de la verja. Cuánta dignidad. Un hombre viejo en pijama, que llevaba puestas unas zapatillas de terciopelo para contentar a su hija, agarrándose la parte superior de los pantalones para que no se le cayeran. Ahora, en vez de pijama, lleva la camisa y los pantalones cortos que vestía el día anterior: una camisa azul marino de algodón toda arrugada y unos pantalones cortos de color caqui manchados. Hace tiempo que su madre se ha dado por vencida en su lucha por cambiar la dichosa costumbre que él tiene de llevar la misma ropa día tras día. La lógica de su defensa la ha frustrado.

—Derrochar agua en época de sequía —le dice en la estación seca, cuando Lydía, su asistente, le lavaría la ropa con gusto. Y en la época de lluvias se pone a la defensiva, desafiándola a que lo critique—: ¿Tan mala pinta tengo? —En realidad, John Sinclair nunca parece desaliñado. Incluso con una camisa arrugada y pantalones manchados parece majestuoso, un caballero retirado.

—¡Ah, sí!, Singh —dice su madre secamente, mirando a su marido.

Singh es su jardinero. Hace más de cuarenta años que trabaja para ellos. Pronto cumplirá los setenta y ocho.

—Le he dejado entrar —dice John Sinclair—. Te espera en el jardín, Beatrice. Algo de las orquídeas.

Fue el insistente timbre de la bicicleta de Singh lo que la despertó aquella mañana y la sacó abruptamente de un sueño profun-

do, dejándola aturdida hasta que el perfume de las naranjas y la hierba mojada por el rocío le aclararon la mente y la trajeron al presente, aquí, a su lugar de nacimiento, el Caribe, su viejo hogar. Y tras el timbre de la bicicleta, los sonidos familiares que había memorizado: la llave girando en la cerradura de la puerta de la habitación de sus padres, el suave golpeteo de los pies de su padre en zapatillas al recorrer el pasillo, el tintineo de las llaves de casa al buscar la que abre la verja de hierro forjado que separa los dormitorios. Luego el sordo estruendo del metal contra los pilares de piedra al apretar en la pared de la cocina el botón que abre la verja de hierro eléctrica. La verja está ahí para protegerlos de los ladrones, de los brotes criminales que surgen de manera repentina por los grandes beneficios que genera el tráfico de drogas. Pero a Anna todo esto le parece inútil, ya que hasta un colegial puede saltar la verja fácilmente.

—No sé por qué sigues haciendo que venga Singh —le comenta el padre a la madre—. No veo qué pinta aquí. Contratamos a dos chicos para que cortaran el césped y podaran los setos. ¿Qué le queda a él por hacer?

—Quita las malas hierbas. —Beatrice se arranca unos hilos invisibles de la falda de su vestido.

—Los chicos que contratamos pueden quitar las malas hierbas —rebate su padre secamente.

—Me arrancan los parterres. No quiero que esos chicos me arranquen los parterres. Parece que no saben cuál es la diferencia entre un hierbajo y un semillero de flores.

—Pues enséñales, Beatrice.

—Singh ya lo sabe. Ya sabe lo que tiene que hacer.

—Simplemente no veo para qué necesitamos a Singh, eso es todo —dice su padre entre dientes, sin convicción.

Su madre menea la cabeza. Su expresión es de leve reproche. Anna intenta distraerlos. Pide a su padre que le pase el pan.

—Lo ha hecho Lydia —le aclara su madre—. Es una suerte tenerla como asistente. —Pronuncia esta última palabra muy despacio. Desde que la isla se convirtió en una nación, «asistente» es el término que debe usar para referirse a Lydia, y no «criada». Ésta sonríe tímidamente, como esperando a que la elogien por

haber cumplido. El padre de Anna levanta la vista y aprueba con la mirada.

La barra de pan tiene una forma de ladrillo perfecta, la corteza es de un marrón miel cálido, con las puntas doradas. Lydia hornea el pan el día anterior pero, por orden de Beatrice Sinclair, no lo corta. Lo ha puesto junto con un cuchillo de sierra en la tabla de cortar el pan, al lado izquierdo del señor Sinclair. Cortar el pan del desayuno es deber del señor Sinclair. Lo hace ahora: corta cuatro trozos y pasa la tabla primero a su mujer, que coge uno, y después a su hija, que coge otro.

—Coge dos rebanadas, Anna —le dice su padre, sujetando aún la tabla frente a ella.

—Las dos que quedan son para ti —responde Anna.

—Puedo cortar más.

Su madre le aparta la mano.

—Anna está cuidando la figura —protesta.

—Anna no necesita cuidar la figura —dice su padre—. A mí me parece que está perfecta.

Anna le sonríe agradecida y él se aprovecha de su gratitud.

—Entonces, ¿a ti qué te parece, Anna? ¿Crees que aún necesitamos a Singh?

No caerá en la trampa. Puede que sus padres discutan, pero siempre acaban del mismo lado.

—Mamá aún debe de necesitar su ayuda —le dice, esperando haber encontrado un término medio que los haya complacido a ambos.

—Sí. Singh cuida mis orquídeas —afirma Beatrice Sinclair.

—¡Hum! —Su marido levanta la barbilla y junta los labios.

—Además —añade Beatrice—, no podemos decirle que se marche así como así. Lleva demasiado tiempo con nosotros. Si lo despedimos, tendremos que darle una indemnización.

—Preferiría darle una indemnización antes que tenerlo paseando por el césped sin hacer nada —dice John Sinclair.

—No es que no haga «nada» —replica su madre firmemente.

John Sinclair alarga la mano para coger la bandeja que tiene delante. Lydia ha preparado sardinas con cebolla. Ha alineado el

pescado plateado en el centro de la fuente ovalada. Les ha puesto encima brillantes círculos de cebolla cruda y las ha rodeado de tomates sobre hojas verdes de lechuga. La distribución es hermosa, casi demasiado para comérselas.

John Sinclair ofrece la fuente a su esposa, que aún no se ha calmado del todo tras su reacción, y frunce los labios.

—De todos modos —dice tajantemente, cogiendo dos sardinas y un poco de guarnición con una cuchara—, necesito a Singh.

Y con eso se zanja el asunto, piensa Anna, pero su padre lo intenta una vez más.

—¿Sabes, Anna? Tu madre no necesita que Singh quite los hierbajos a los parterres ni que la ayude con sus orquídeas.

La mira directamente a los ojos desde el otro lado de la mesa, evitando deliberadamente a su mujer. Es una estrategia que usa a veces y que pone nerviosa a su madre. Anna tiene ganas de decirle: «Habla con ella, no conmigo, que para eso es tu esposa». Pero su padre la ha rescatado de las críticas de su madre. El comentario de ella sobre su figura no tenía buenas intenciones. Anna ha perdido todo el peso que había ganado cuando la abandonó su marido, pero Beatrice no ha dejado de insinuar con sus constantes comentarios, maquillados bajo la apariencia de recomendaciones atentas de una madre preocupada, que si no hubiera sido por su barriga, su marido tal vez habría vuelto con ella o que, por lo menos, llamaría la atención de otros hombres.

A Anna le molesta que a su edad aún permita a su madre tener ese poder sobre ella, que un único comentario suyo sobre su figura pueda provocarle deseos de venganza. Le irrita aún más admitir que se ha vestido para ella, que ha elegido el traje que lleva con mucho cuidado porque sabía que la complacería. Que ha sentido una euforia en el pecho cuando su madre le ha dicho: «¡Qué guapa estás!».

No acudirá en su ayuda. Su madre quiere una aliada, pero ella mantendrá la cabeza vuelta hacia el otro lado, con los ojos fijos en su padre.

—Tu madre necesita a Singh —prosigue su padre—, para tener a alguien a quien mandar. Singh hace lo que ella le dice.

Durante cinco largos minutos comen en silencio, y a Anna le parece una eternidad. No se dirigen la palabra, su madre baja la cabeza y se concentra en la comida que tiene en el plato, pincha trozos de sardina con el tenedor, cuidadosamente. Anna siente vergüenza ajena por ella. No puede negar que su madre disfruta con su rol de señora, de ama de los asuntos domésticos de su hogar; pero su marido la ha puesto en evidencia delante de su hija.

Está a punto de decirle algo halagador a su madre cuando su padre coge de la mano a su mujer.

—¿A qué hombre le importaría hacer algo por la mujer más hermosa del mundo? —le dice.

Ante la sorpresa de Anna, a su madre se le iluminan los ojos.

Después del desayuno, cada uno se va por su lado; Anna se dirige a su habitación para coger una novela que tiene pensado leer en la galería. Hoy se va a permitir ese lujo. Si deja para mañana el trabajo que se ha traído de Equiano Books, tendrá tiempo. Mañana, con su lápiz azul, se enfrentará al manuscrito de un nuevo escritor que ha descubierto recientemente. Hoy leerá un trabajo limpio que no necesita su ojo crítico.

La galería es el lugar más fresco de la casa de estilo ranchero de los Sinclair, que se extiende a lo largo de una sola planta. El lugar fue diseñado para ellos por un arquitecto, un hombre de la zona que se educó en Estados Unidos en los años cincuenta, cuando las casas de estilo ranchero estaban de moda y, sin duda, es la más moderna del vecindario. El problema es que los techos son bajos y atrapan dentro el calor. Afortunadamente, la madre de Anna insistió en tener una galería cubierta con suelos de terrazo: es grande, con techos altos de brillante madera oscura, y casi tan larga como la propia casa, un espacio más que suficiente para permitir que la señora Sinclair pueda organizar enormes fiestas en la parte exterior del salón. Hay tres muebles de mimbre en la galería, que la señora Sinclair ha hecho más cómodos con grandes cojines de colores, además de una barra con seis taburetes para el señor Sinclair y un tocador para las invitadas. Con el fin de proporcionar privacidad a sus clientes, en el lado de la galería que da a la calle, el arquitecto construyó un pequeño muro coronado por cinco enormes huecos en forma

de U, sobre los que cuelgan grandes cestas llenas de helechos verdes. A la derecha del muro, unas puertas corredizas de cristal dan al salón y al comedor. La señora Sinclair dispuso un jardín de rocalla alrededor de una palmera alta de tronco rojizo en una sección descubierta de la galería, y en otra de las zonas sin cubrir dio permiso al señor Sinclair para construir un estanque con peces. Anna imagina que su padre estará en el estanque, alimentando a sus peces. Charlará con él un rato antes de sentarse a leer la novela.

Mientras se aproxima al pasillo que lleva a la cocina, oye de refilón a su madre dándole a Lydia instrucciones sobre el almuerzo.

—Debes usar mucho ajo y tomillo. Al señor Sinclair le gusta la comida bien condimentada.

Ambas están de cara al fregadero, y de espaldas a ella. No la ven ni la oyen cuando pasa al salón del desayuno y espera, parcialmente oculta tras el umbral de la puerta de la cocina, que forma un arco de medio punto. Su madre está de pie, al lado de Lydia, con el cuerpo inclinado hacia ella, la cabeza y los hombros a sólo unos centímetros de distancia. En contraste con su tez de color caramelo, la piel de color ciruela de Lydia parece mucho más oscura, casi púrpura. Una fina capa de sudor se le extiende por el cuello y el sol que entra por la ventana de la cocina se refleja en sus brazos descubiertos. Bajo un delantal gris, lleva ropa vieja y desteñida: una falda marrón y un jersey azul. El delantal está arrugado y manchado, en cambio, la falda y el jersey están limpios y planchados. No es la ropa que Lydia suele usar para trabajar. Habitualmente lleva ropa moderna que le compra en América un hijo que, al igual que muchos otros inmigrantes, se la envía tres veces al año metida en un barril lleno de ropa y comida y cosas para la casa. Es un buen hijo, aunque desearía que no hubiera emigrado. «Lo echo de menos; es mi único hijo, pero América es la tierra de las oportunidades —le dijo una vez a Anna—. Mírate. Tú también te fuiste. Mi hijo volverá cuando ahorre dinero suficiente para comprarse una casa aquí.»

Lydia tiene la edad de Anna, aunque nadie lo diría: los pechos caídos, el estómago hinchado como el pan de levadura; la cintura hace mucho que perdió su forma. Tiene arrugas en la frente, la raíz del pelo le nace gris. Sus ojos marrón oscuro perdieron el brillo

hace tiempo; tiene ojeras de color púrpura. Su boca dibuja fácil y rápidamente una sonrisa, pero cuando vuelve al estado original, sus gruesos labios se unen enseguida, una defensa contra el mundo. Durante mucho tiempo vivió con un hombre que le pegaba. Sólo han pasado siete años, el tiempo que lleva trabajando para los Sinclair, desde que tuvo el valor de dejarlo.

La madre de Anna señala un cuenco con pollo congelado que hay en la encimera, junto al fregadero.

—Usa lima para limpiarlo —le dice a Lydia—, pero no demasiada. No quiero malgastarla en el estofado.

Lydia tiene la espalda rígida, los hombros y la cabeza tiesos. No se mueve. No dice ni palabra en respuesta a las instrucciones de la señora Sinclair. Simplemente sigue ahí de pie. En silencio.

Anna casi no puede oír a su madre, pero percibe que le sigue dando instrucciones a Lydia. Luego alza la voz:

—¿Entiendes lo que quiero que hagas, Lydia?

Lydia se pasa las manos húmedas por el delantal.

—Señora Sinclair, hace mucho que entiendo lo que usted quiere que haga.

El tono de Lydia es moderado. No sugiere ni insolencia ni servilismo. Su voz suena inocente, casi infantil, pero Anna está segura de que su madre no puede haber pasado por alto que le acaban de hacer un reproche, de dar una reprimenda. Por supuesto, Lydia sabe lo que tiene que hacer. No cabe la menor duda: ahora ella es mejor cocinera que su madre.

—Eres una buena trabajadora —dice la señora Sinclair.

Lydia sacude la cabeza y se ríe.

Aunque ella esté tranquila, Anna no lo está. Se siente crispada, la indignación la consume por dentro. Su madre le ha hablado a Lydia como si fuera la directora de una escuela y Lydia fuera una colegiala, como si fuera una supervisora, la jefa de una plantación. Lydia conoce perfectamente los gustos de sus padres. Su padre tiene razón. Pero a su madre no le basta con dar órdenes a Singh; también necesita darle órdenes a Lydia. Qué importante debe de sentirse teniendo a dos trabajadores a su servicio, a los que puede controlar.

Éste es el legado del dominio colonial en la isla, la actitud del colonizador hacia el colonizado es ahora imitada por la clase media.

Mientras lo piensa, Anna sabe que está siendo injusta. Puede que su madre considere a Singh y a Lydia socialmente inferiores, pero no cuestiona su humanidad. Si por casualidad uno de los dos se tirara a una piscina en la que ella estuviera nadando, no daría orden a la dirección de vaciar la piscina. Los ingleses tenían fama de hacer cosas por el estilo en la isla. En Inglaterra colgaban carteles en los que podía leerse: «PERROS NO, NEGROS NO».

Ahora Lydia asiente con la cabeza. Dice, conforme:

—Sí, señora Sinclair. Tiene razón, señora Sinclair. —Anna se siente ofendida en su nombre, pero parece que Lydia no está ni molesta—. No usaré tanta sal la próxima vez, como dice usted, señora Sinclair.

Anna se aleja. Tiene la mano sobre la puerta corredera de cristal del comedor y está a punto de salir a la galería, cuando su madre la llama.

—Anna. —La voz de su madre es apagada, muy baja para ser la de una mujer que sólo momentos antes parecía exigir que su autoridad fuera reconocida. Anna no tiene más remedio que volverse. Está a un par de pasos, donde puede oírla perfectamente. Sería de mala educación fingir que no ha oído a su madre—. ¿Le llevarías un mensaje a Singh de mi parte? —Su madre le pasa la mano por la cara. Hace un movimiento lento, sin fuerza—. Dile que hoy trabaje con las semillas del vivero. Si tiene tiempo, que limpie también los parterres de *Anthurium*.

Su madre deja caer la mano a un lado como si le pesara. Se la ve cansada, cualquiera diría que ha agotado toda la energía de repente. Sus ojeras parecen más oscuras que durante el desayuno.

El remordimiento crece en el interior de Anna. ¿Acaso le ha afectado el desagradable comentario que su padre ha hecho a su madre, decirle que es una mandona, a pesar del cumplido que le ha dedicado después? ¿Era esa escena con Lydia la única manera que su madre tenía de recuperar su dignidad? ¿No debería haber tenido más compasión? Lydia parecía muy capaz de defenderse. Lydia no necesita su compasión.

—Singh te está esperando —dice Anna—. Le ha dicho a papá que te espera en el jardín. Algo de las orquídeas.

Su madre suspira.

—Lo tengo que hacer todo yo —refunfuña—: ocuparme de la cocina y del jardín.

Anna siente cómo su ira va de nuevo en aumento, pero se contiene. En el tono más suave posible le dice:

—Lydia puede cocinar, mamá. Tú no tienes por qué hacerlo. Y si le dices a Singh qué hacer, tampoco tienes por qué quedarte en el jardín.

—Tú no lo entiendes —protesta su madre.

—¿Qué es lo que no entiendo, mamá?

—En este país —responde su madre lentamente, midiendo cada una de sus palabras— no puedes dejar que la gente haga lo que les has mandado. Tienes que supervisarlos.

Se refiere a la clase obrera, se refiere a gente como Lydia y Singh. Pero Anna sabe que, si da la sensación de que la gente de clase obrera necesita supervisión, es porque no ven futuro en el trabajo que se les encomienda.

—Eso no es cierto, mamá.

—Tú no vives aquí —replica su madre—. No lo sabes.

Las palabras de su madre le duelen en el alma. Puede que no viva aquí, pero sus raíces sí están aquí. Nació aquí; pasó los primeros dieciocho años de su vida aquí; éste también es su país. Quiere decirle todo eso, pero su madre no tiene buen aspecto. Está pálida y le falta brillo en los ojos. Ya ha sufrido un ataque verbal de su marido, no necesita otro.

—Le daré tu recado a Singh —dice Anna en voz baja.

—Bien. —Su madre se pasa las manos por los labios—. Creo que me estiraré un rato en mi habitación.

Anna vacila en la puerta. Piensa en seguir a su madre hasta su habitación, preguntarle si necesita ayuda, pero enseguida cambia de idea. Hace calor en la casa; quiere estar afuera. Quiere sentarse a la sombra de la galería. Quiere quitarse las sandalias y descansar los pies en las frescas baldosas de terrazo. Además, va a quedarse un mes. Habrá tiempo suficiente para hablar con su madre.